

"Haced algo para alegrar a vuestro Cardenal", dijo un día Juan XXIII a un grupo de católicos milaneses que habían ido a visitarlo". ¿No veis qué expresión amargada tiene su cara? Mostraos cariñosos y alegres con él, procurad hacerle sonreír". La expresión descontenta del Card. Montini suscitó preocupaciones y perplejidades también en la feligresía lombarda, acostumbrada a un clero que tenía sólidas tradiciones de campechanería y cordialidad, a las que los mismos jefes de la Arquidiócesis sólo excepcionalmente se sustraían.

"No sonrío mucho porque tiene una enfermedad de estómago", explicó un estudioso católico que le conocía bien. Pero otros aseguran que era el propio Milán que no le gustaba y que, quizás, durante el período romano del Concilio, Montini se había transformado por completo; tan risueño y alegre aparecía.

En realidad no se puede decir que la Arquidiócesis de Lombardía le gustase mucho, a pesar de ser su tierra; pero había vivido tantos años bajo el cálido sol de Roma que ahora, en las brumas de la pujante metrópoli del Norte, se sentía poco menos que desterrado. Además tuvo que sufrir muchas decepciones. Desde el principio implantó su trabajo pastoral sobre bases modernas, novedosas y, por ciertos respetos, geniales; sin embargo, no recogió frutos muy satisfactorios de sus múltiples iniciativas; ni hubo, entre Pastor y feligreses, aquella íntima, espontánea corriente de comprensión y de simpatía que, inversamente establecieron, en medios hostiles a la Iglesia, el Patriarca de Venezia Roncalli y el Arzobispo de Bolonia Lercaro.

Todos los testimonios concuerdan en describir al Card. Montini como a un hombre profundamente aislado, aunque cada cual intenta explicar a su manera este aislamiento. Los más coinciden en calificarle como un apasionado de la técnica, "el hombre de la organización", con el cual la comunicación directa era bastante difícil, pues se atrincheraaba detrás de una barrera de papeles, es decir, peticiones, informes, documentos y acuerdos, a los cuales, eso sí, él daba siempre una medida y satisfactoria contestación. ¿Influencia de sus treinta años en la secretaría vaticana? Quizás sí. Sin embargo, otros insinúan que se sentía llamada a un destino más alto y por tanto no quería dejarse arrastrar y empequeñecer en la contienda de las varias corrientes, que habría comprometido su prestigio y autoridad.

Como se sabía que las clases más des cristianizadas eran las populares y que los trabajadores se mantenían al margen, si no fuera de la práctica religiosa, el nuevo Arzobispo de-

# PAULO EL PAPA

ció ir él mismo a las fábricas para cerciorarse mejor de la situación y manifestar personalmente el interés que la Iglesia tenía por el mundo del trabajo.

No es que los obreros le recibieran mal; pero no le demostraron mayor entusiasmo ni logró romper el muro de hielo que lo separaba de las masas. Más aún: su gesto fué tergiversado y suscitó un coro de indignadas protestas por parte de los industriales y de la gente "bien". Un periódico recordó a Montini que no era sólo el Pastor de los obreros, sino también de los burgueses; otros llegaron al punto de censurar su discurso, suprimiendo los párrafos juzgados "subversivos". Por este motivo el pobre Arzobispo, siempre preocupado de evitar posiciones que podían dividir o escandalizar a su rebaño, no continuó sus contactos con los trabajadores y en adelante procuró llevar a cabo su obra contra la des cristianización en una forma menos irritante para los ambientes católicos más conservadores, y concibió la "Misión de Milán".

Qué diferente su actitud de la del Patriarca Roncalli que, al poco tiempo de su llegada a Venezia, un día se presentó sorpresivamente en el Ayuntamiento, cuyo Alcalde y buena parte de los concejales eran comunistas, sin importarle un bledo lo que dirían sus feligreses más moderados; y allí, enfrentándose a la cortés pero fría acogida que le depararon, remachó con la afable y cordial ironía que era tan característica en él: "**Aquí estamos en la casa de todos**, y me encuentro a gusto porque en ella se hace el bien común. **También es mi casa**. Entre vosotros, trabajadores, me encuentro muy bien, pues sólo quien hace el bien es cristiano: es decir, la única manera de ser cristiano consiste en hacer el bien. Por eso digo que me encuentro a mis anchas; pues si por ventura hubiese alguno entre vosotros que no se considere cristiano, lo es aunque no lo

# PAULINO

por RENZO RICCIARDI

crea, si hace el bien". El hielo se rompió y todos los concejales lo aplaudieron con entusiasmo, departiendo cordialmente con él.

A juzgar por sus primeras actuaciones, se diría que el sol de Roma restituyó al Pontífice Montini nuevos bríos para enfrentarse a su dura y ardua labor apostólica. Y todos se preguntan por qué escogió el nombre de Paulo. Juan XXIII explicó en el acto mismo de asumir su nombre de Pontífice lo que había motivado su preferencia: "Este nombre nos es dulce porque es el de nuestro padre" y "el de dos hombres muy unidos a Cristo": es decir, Juan el Bautista y Juan Apóstol y Evangelista. Paulo VI no ha dicho nada, pero es harto conocida su devoción y su admiración por el Apóstol de los Gentiles.

Creemos interesante recordar que en 1931 el entonces Asesor Nacional de los Universitarios Católicos Italianos escribió en la revista gremial "Studium" una serie de siete artículos bajo el título: **Ideas sobre San Pablo** que, al leerlos hoy, pueden ofrecer algún indicio significativo.

Frases como estas: **San Pablo se mide con el mundo. El es el apóstol de los pueblos. En él el problema de los contactos con el mundo no es tan sólo tolerado, sino querido y hasta provocado**", pueden aparecer como un tópico sin importancia especial. Pero no puede ser pasada por alto una definición como la siguiente: **"San Pablo se presenta, al mismo tiempo, como exponente de la tolerancia cristiana y como campeón de la intransigencia cristiana"**. A continuación, después de haber notado que de la amplitud misionera del Cristianismo (**"observar el tejido ético-psicológico, correspondiente a la moral natural y a las profundas tendencias religiosas del medio ambiente, para insertar en él lo sobrenatural"**). Mons. Montini añadía: **"Es una visión opti-**

**mista del mundo, prácticamente ancha y liberal, derivada del criterio de misericordia que el Cristianismo instaura para sanarlo; es una confianza sobrenatural en la fuerza redentora del Evangelio; es, en una palabra, el relativismo apologético"**, expresión algo rara, esta última, y quizás sintomática. Pero el pensamiento del joven profesor se explana y llega al fin a esta conclusión sorprendente: **"De todo lo cual puede verse cómo la tolerancia práctica no contradice a la intolerancia apostólica: aquella es principalmente práctica, ésta doctrinal; ambas ponen a Dios en contacto con el mundo: aquella para difundirlo, ésta para defenderlo... Y es interesante observar cómo la más encarnizada polémica, es decir, la más dura afirmación de intransigencia, la sostuvo San Pablo precisamente para defender la intransigencia, o sea la universalidad y espiritualidad del Cristianismo"**. Y, según el Asesor de los estudiantes y graduados católicos italianos, San Pablo tenía que ser imitado precisamente en esto.

Cabe preguntarse: ¿Podría ser este el programa personal de Paulo VI? Sus primeros actos nos dejan entender que el nuevo Pontífice quiere fusionar, en una síntesis atrevida, los programas y las doctrinas muy distintas, pero que pueden integrarse, de Pío XII y de Juan XXIII. La carrera eclesiástica, tan rica en experiencias valiosas por sus éxitos y también por sus fracasos, prepara providencialmente a los futuros Pastores de la Iglesia para su altísimo cargo, que tomará ésta o aquella característica según su anterior actuación. Sin embargo, en todo papado puede notarse un "quid", un algo imprevisible e imponderable, que representa el aporte, la inspiración, la misteriosa asistencia del Espíritu Santo al Pontífice en el gobierno y la guía de la Iglesia de Cristo.

Volviendo al tópico del joven Montini sobre el apostolado paulino, transigente e intransigente a la vez, podría ser esa la característica personal de su pontificado: la tolerancia hacia lo externo, que le conciliaría las simpatías de los progresistas, y la intransigencia en el interior de la Iglesia (de la cual, entre paréntesis, dió algunas muestras cuando era Arzobispo de Milán), a la que aplaudirían los integralistas. En todo caso, no dudamos un solo instante (y sus primeras manifestaciones nos confirman en esta creencia) que el programa de Juan XXIII será realizado más o menos íntegramente por su sucesor ¿Quién podría predecir la dramática repercusión que tendría un distinto modo de actuar, después que las esperanzas suscitadas por las generosas y clarividentes iniciativas del finado Pontífice han contribuído, por sí solas, a mejorar el mundo?